

PANDEMONIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

Precio 25 Cts



Fot. Hernández

Señorita Clemencia López

La Protección de su Negocio al alcance

LLEVE SU RECIBO

CONTADO

Pesos Centavos

E 6 . 10

de su Mano

Si en tiempos normales es necesario una vigilancia extrema para que el fruto de su trabajo y los rendimientos de su negocio, no sufran quebranto.

¿Cuanto más necesario no lo será en situaciones críticas?

Esto únicamente lo consigue empleando la Máquina Registradora

NATIONAL

de la que es Unico Agente

A. T. Harrison

Apartado 946 - Teléfono 451

SAN JOSE,
Costa Rica



SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PANDEMÓNIUM

DIRECTOR: ANT. TIBERIO CERVILLA GARCÍA

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

AÑO X

30 DE MARZO DE 1915

NÚM. 131



SAN JUAN. — *Quo vadis?*... ¡Popham!

MR. POPHAM. — Mi no entender latines y no poder entreteneirme. *Time is money.*

Reformas en "Pandemonium"

Buenos propósitos

El Director propietario, redactores y colaboradores de esta Revista, deseando corresponder al creciente favor del público, han determinado establecer algunas reformas, que esperan serán del agrado de sus favorecedores, para lo cual cuentan con la colaboración de distinguidos literatos nacionales y extranjeros.

En adelante constituirán el texto de PANDEMONIUM, artículos de interés nacional y local; composiciones literarias escogidas; escritos de política extranjera; de información imparcial de la guerra; una sección informativa, comentada; cuantas noticias se juzguen de interés; una escogidísima novela encuadernable por separado, una sección de chismes, cuentos, dimes y diretes satíricos y una sección *libre*, en la que se insertarán los escritos que se nos remitan, siempre que reúnan las condiciones necesarias de imparcialidad, corrección, moralidad, y decoro, y vengan respaldados con firma responsable conocida. Además se publicarán grabados de actualidad y varias caricaturas.

En todos los escritos y dibujos, imperará siempre la más estricta imparcialidad y el más recto espíritu de justicia, y se ajustarán a la moral y la buena educación.

Aceptaremos toda clase de discusiones y polémicas, siempre y

cuando no traspasen los límites de la buena crianza, y campeen en ellas la cultura periodística que deben usar siempre, los que al ejercer el sagrado ministerio de la prensa, están destinados a encauzar la opinión pública.

Si en cualquier escrito se aludiese a cualquiera persona o entidad pública o privada, el aludido tendrá derecho a insertar, gratuitamente, en el número siguiente de PANDEMONIUM, un artículo o párrafo, de igual número de líneas que aquel en que conste la alusión.

Nuestro propósito es hacer de PANDEMONIUM una revista sumamente interesante, a la que tengan acceso todas las ideas y colores políticos, y que puedan leer, sin reparo alguno, todas las clases sociales.

Sabemos de antemano, que nuestro sano propósito, nos impondrá algún sacrificio, y nos acarreará acaso algún disgusto, nada importa; arrostraremos los primeros y sufriremos con estoica resignación los segundos, siguiendo impávidos nuestra tarea, plenamente convencidos de que hacemos un bien, que nos agradecerán sin duda alguna, las conciencias rectas, las almas nobles y los corazones honrados, amantes del bien, los buenos patriotas, y todos los que deseen

ardientemente el progreso económico, político y social de Costa Rica.

Si nuestra Revista llena cumplidamente nuestros propósitos,

que hemos expuesto, y satisface los deseos y necesidades del público, se verán colmadas las ambiciones periodísticas de

La Redacción

Ley de Seguros

Decíamos en nuestro artículo anterior que el contrato de seguro arranca del principio de solidaridad humana, de la necesidad en que nos constituyen los accidentes y contingencias de la vida, para buscar el medio que mediante un pequeño sacrificio representado por el pago de la prima, nos ponga si no al margen de los efectos de un accidente, sí, en situación de remediarlos.

Comentando el artículo treinta y seis de la ley de seguros mercantil del 6 del corriente mes—cuyo artículo en su parte esencial dice que la cantidad que el asegurado deba recibir en virtud del seguro, sea casual o no el incendio, queda afectada al pago de las indemnizaciones que por daños y perjuicios se ocasionen a terceros,—dijimos que dicho artículo era injusto y antieconómico, en lo que hoy nos ratificamos.

Las leyes, en nuestro sentir, que no creemos sea equivocado, no son o no deben ser sino concreciones de la Equidad del Derecho Eterno que radica en la conciencia, del Ideal Absoluto adaptado a estados temporales.

La ley de seguro está falta de este principio de Equidad, en desarmonía completa con el Derecho a que aludimos, en cuanto para perseguir un fin que no es una necesidad tampoco,—puesto que en Costa Rica son relativamente pocos los incendios,—se perjudican otros fines más amplios más en armonía con verdaderas necesidades. Leyes faltas de un contenido de Equidad, no merecen el nombre de tales, y es claro y evidente que al ope-

nerse y hacer ilusorio el derecho, que en todos los países civilizados se reconoce a todo el mundo, para ponerse al margen de posibles contingencias de la vida, va contra de esta Equidad a que aludimos, al colocar intereses dignos de respeto al azar, intereses que tal vez cristalicen, el fruto de largos años de constantes esfuerzos en la ruda lucha por la vida.

En un país nuevo como Costa Rica, no creemos sea lo que más en acuerdo esté con la economía nacional, poner trabas al desenvolvimiento de las fuentes de riqueza, a la industria y al comercio, que son a las que más afecta la ley que nos ocupa. Poniendo trabas a la industria y al comercio trábese también a la agricultura. Todas las industrias se complementan o ayudan en su desarrollo. La riqueza no sólo está en las entrañas de la tierra, el oro está también en la reja del arado, en el canal que riega o es vía de comunicación, en los rieles de los ferrocarriles, en la pobre carreta que nos trae los productos de la tierra, en el hombre que facilitando el cambio aumenta el valor de las cosas, en la correa que trasmite la fuerza, en los volantes y reguladores que la equilibran. Las industrias y el comercio saben sacar oro de todas las cosas cuando se desenvuelven en un ambiente propicio, y donde no se le proteja y ayude, la agricultura y otras fuentes de riqueza viven pobres y desmedradas, porque es lento y tardío el consumo de los productos.

Además de ser necesario a las leyes un contenido de justicia, creemos que

deben mirar también al momento histórico del pueblo a que han de aplicarse, y no creemos que en un país que comienza a desarrollar sus fuentes de riqueza, deban dejarse en el mayor desamparo los intereses vitales de las mismas.

El legislador debe ser para el Estado y no el Estado para el legislador.

Ya como resultado inmediato de esta falta de ponderación, de esta falta de medida, tenemos el triste espectáculo de las compañías aseguradoras que se marchan del país, habiendo suspendido sus operaciones, quedando comerciantes, industriales y propietarios en brazos de una compañía, que sola, será insuficiente por lo reducido de su capital, para hacer frente a las necesidades del país.

Quisiéramos saber quiénes se beneficiarán con esta ley. En nuestra opinión, creemos que no se beneficia a nadie, y a todo el mundo lesiona. El asegurado pagando su prima, queda con esta dichosa ley, expuesto, si el

vecino no tiene asegurado, a perder el importe de la indemnización que en caso de incendio deban pagarle; los incendios no disminuirán, al contrario, pueden aumentar, porque una persona que nos malquiera, tiene una arma que esgrimiéndola en la sombra, puede dejarnos en la ruina; el país no se beneficia en nada tampoco, porque si bien salen muchos miles de pesos en concepto de primas, también suelen entrar muchos miles de libras en concepto de indemnización (recuérdese el incendio de la casa de Khnor y el Fanco Anglo). Con esta ley sólo puede haber un beneficiado, que en nuestro concepto sería el Banco donde se guardaren los depósitos que se le exigen a las compañías, y no creemos que por esto sólo se pretenda con esta ley apuntalar un Banco y lesionar los intereses de la Industria, del Comercio y la Propiedad que son intereses nacionales.

Juan de Maro

Llegada de los restos del poeta

Aquileo J. Echeverría

y solemnes pompas fúnebres

Don Luis Nieto, hijo del distinguido señor Cónsul de Costa Rica en Barcelona, don César Nieto, con una buena voluntad que le honra sobremanera, acompañó los restos del esclarecido poeta desde la hermosa joya de Cataluña.

El día 17 de marzo llegaron a San José, siendo trasladados a la capilla del Sagrario de la iglesia del Carmen, donde permanecieron hasta el día 19, que a las 2 y $\frac{1}{2}$ de la tarde se celebraron las honras fúnebres, que fueron de lo más suntuoso que se ha visto en Costa Rica, oficiadas por los Rdos. Canónigos Zúñiga y Zavaleta.

Towaron parte todos los músicos y

cantantes notables que radican en la capital, entre los que recordamos, además de la capilla de la Iglesia del Carmen dirigida por don Ricardo Calderón, a la distinguida tiple doña Celmira de Capella y al aplaudido tenor Alejandro Aguilar.

Cortejo fúnebre

Salió a las 3 p. m. de la Iglesia.

El féretro iba colocado en la magnífica carroza de la casa Landergreen, cedida al efecto, y estaba materialmente cubierta de coronas, obsequio de varias entidades y corporaciones y

de los amigos y relacionados de la familia del poeta, sobresaliendo las del Ateneo de Costa Rica, Centro Social de Heredia, Centre Catalá, Centro Ariel, Sociedad Federal de Trabajadores, Centro de Amigos, Sociedad de Tipógrafos, Centro de Amigos de Heredia, Sociedad de Socorros Mutuos del Tranvía, Cleto González Víquez y Sra., Familia Echeverría Carazo, Bernardo Soto y señora, José María Vargas y señora, Angel M. Bocanegra, Leonidas Peralta y señora, Lesmes S. Jiménez, señora y familia, Maximino Esquivel y señora, Manuel Sáenz E. y señora, Fabián Esquivel y señora, Rafaela v. de Brenes e hijas, Eduardo Bengoechea, Eladio Rosabal, Abel Villaneza Z., Antonia de Hernández, Maximiliano Soto F., Dr. F. Carlos Alvarado y Sra., José María Páez y Sra., Lucila v. de Páez, Berta O. González, Luis L. Páez y Sra., Guillermo L. Nanne y Sra., Alberto L. Páez y Sra., Elena Páez, El Invernadero.

El acompañamiento fué numerosísimo, figurando en él, además de la

apreciable y distinguida familia del difunto, cuanto notable encierra la capital y numerosísimas representaciones de todas las sociedades y corporaciones literarias, comerciales, industriales y de recreo.

El paso de la que llamaremos manifestación postuma de admiración y simpatía, era presenciado por numerosísimo público que se agolpaba a la calles del tránsito, ansioso de rendir el último tributo de aprecio a su poeta favorito.

En el cementerio pronunciaron elocuentes discursos adecuados al acto, don Gerardo Vega por encargo de la «Sociedad de Tipógrafos», don Daniel Ureña en representación de la «Sociedad Federal de Tra-

bajadores», don Rafael Cardona que leyó una delicada y sentida poesía y don Alejandro Alvarado Quirós, en representación del «Ateneo de Costa Rica».

Los restos fueron depositados en una tumba adquirida expresamente para guardar los preciados restos del esclarecido poeta nacional.



AQUILEO J. ECHEVERRÍA

PANDEMÓNIUM, admirador ferviente de Aquileo J. Echeverría, se asocia al duelo que embarga al pueblo de Costa Rica; y como humilde tributo de admiración al poeta, publica el siguiente

Perfil literario

Aquileo Echeverría, como todos los poetas intuitivos, era devoto ferviente de la musa popular; sentía la poesía regional y con una habilidad pasmosa y un verismo admirable trasladaba al libro el pensar, el sentir y el lenguaje

pintoresco del pueblo que meció su cuna, e hizo latir con entusiasmo su corazón de artista ingénito.

Sus *Concheyitas* son un modelo de esa poesía bucólica que emana del alma de los humildes y se imprime en

el hogar de los pobres; de esa poesía mitad seria, mitad cómica, que hace reír a los que al leerla, por excesiva presunción, por supina ignorancia o por falta de sentimientos, sólo ven en ella la instintiva rusticidad y la casi idiótica candidez de los tipos que la inspiraron; pero que al pasar por los ojos del pensador y penetrar en el alma de los verdaderamente intelectuales, hace llorar, porque retrata fidelísimamente la rudimentaria inteligencia y el tosco corazón, de los que la lucha por la vida ha relegado a la trístisima categoría de máquinas humanas, de los que tienen el sentimiento embotado por la ignorancia y apenas han logrado subir el primer peldaño de la intelectualidad, y que, la mayoría de las veces, son viciosos por miseria.

Conchertás, como todas las poesías regionales tienen un agri-dulce que desconstuela y cautiva: al propio tiempo que vierten el perfume natural que emana del instinto, muestran la gangrena espiritual que la falta de educación e instrucción producen en el alma, y la degeneración orgánica que los desarreglos miseriosos acarrear al cuerpo.

Conchertás, hay que haberlas vivido para comprenderlas: hay que conocer perfectamente los tipos que las han inspirado para sentir las; su lectura arranca carcajadas llorosas y lágrimas sonrientes; y es que son una mezcla de lo tosco, lo sentimental y lo puramente instintivo, visto al través de una inteligencia privilegiada y trasladado al papel por un poeta de la vida de los humildes.



Los restos de Aquileo J. Echeverría a su paso por la Calle Central Norte, al salir de la iglesia del Carmen para el Cementerio



En febrero

Recostada en el pretil
 que coronan frescas guarias,
 bajo un coposo naranjo
 que abrumado se desmaya
 al peso del cundeamor
 que con mil brazos le abraza,
 está Lina, la doncella
 más guapa de la *Pilaya*.
 Lleva una flor en el seno,
 fragante rosa escarlata,
 no tan roja cual sus labios
 ni tan linda cual su cara;
 igual sólo en el aroma
 que despide la muchacha,
 toda salud, toda vida,
 toda vigor, toda savia.
 En espera de su primo
 se ha vestido de gran gala,
 camisa con lentejuelas
 crespa, vistosa, escotada;
 llena de encajes y cintas
 como antaño se estilaban.
 A la cintura un rebozo
 de seda tornasolada
 en que entran tonos diversos

que forman brillante gama.
 Roba discreto pañuelo
 parte del seno y la espalda,
 pero es inútil su empeño,

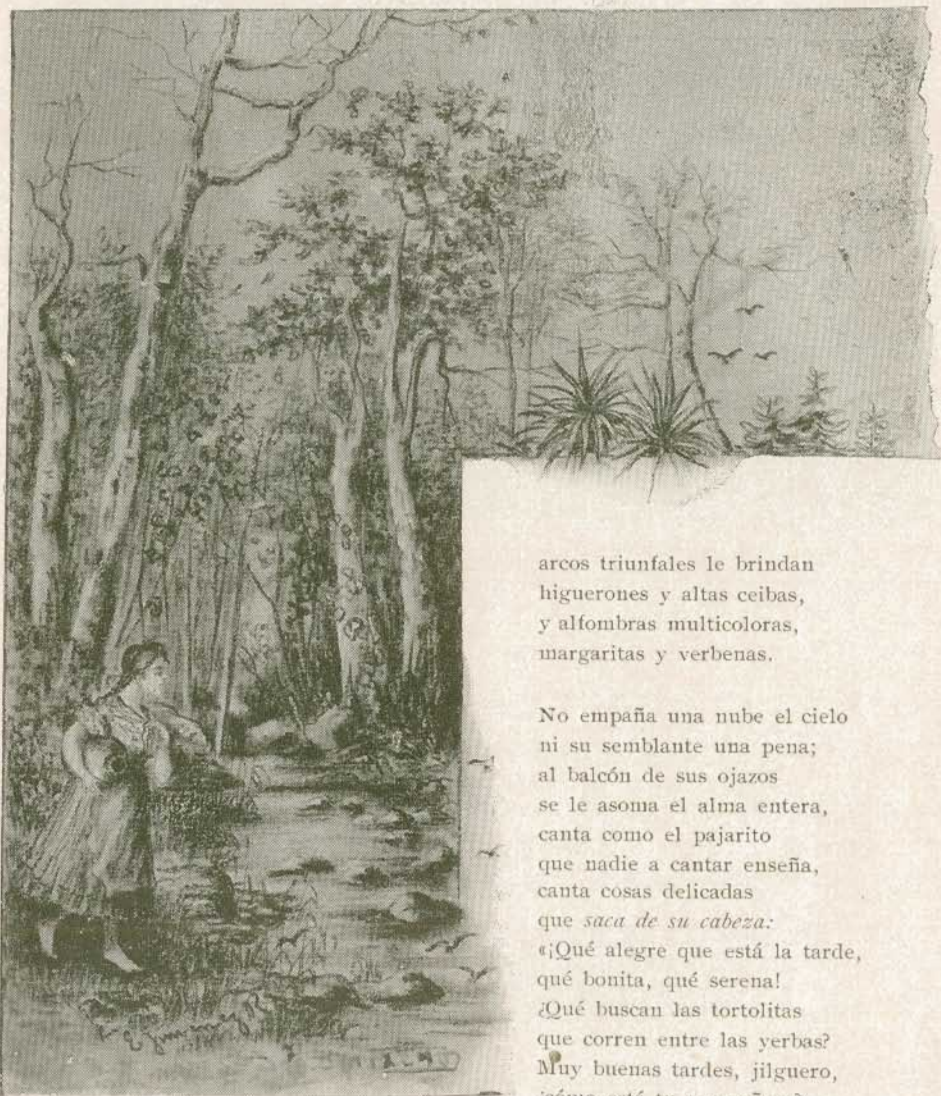
que la golosa mirada
 en lo que ve se deleita
 y adivina lo que falta.
 El delantal es muy corto,
 algo menos que la falda,
 y el fustán de fino lienzo
 que con sus manos aplancha
 cuando ella mueve su cuerpo
 parece que se quejara.

.....
 Tiene quince años la niña;
 mas ya las mieles amargas,
 esas que nos dan la vida
 y que siendo vida matan,
 han herido el albo seno
 con la ponzoñosa daga,
 y la joven sueña mucho,
 aunque despierta se pasa.
 El cieguecillo travieso
 habló quedo a la zagala:
 quién sabe qué la diría
 que al recordar sus palabras
 o suspira o se sonroja,
 o se enciende en dulces ansias.

.....
 En un potro, cabos negros,
 luenga crin, robustas ancas,
 casco firme, frente erguida,
 largo cuello, piernas largas,
 breve oreja, cola enhiesta,
 crespá, brillante, esponjada,
 viene Luis el joaquineño,
 el hijo de «tía Pascuala»,
 caracoleando el caballo
 al que espacio propio falta
 para lucir su donaire,
 para dar viso a sus gracias.
 Usa sombrero de pita,
 legítimo jipijapa,
 viste chaqueta de paño,
 el pantalón es de pana
 y le envuelve la cintura
 una caprichosa faja
 de seda roja con flecos
 que hasta la rodilla bajan.

Al pico de la montura,
 que artista criollo adornara,
 va la terrible realera,
 una realera probada
 en más de un lomo robusto,
 en más de una recia espalda;
 una realera que tiene
 un poco más de la vara,
 filosa cual la calumnia
 y cual la inocencia blanca.
 Detiene el joven su potro
 frente al petril de la dama,
 le saca unas cuantas plumas
 y luego lo sienta en raya.
 Ata las riendas al pico,
 deja la bestia enfrenada
 y casi oculta en el vaho
 que el sudoso cuerpo exhala;
 y después de un *buenas tardes*
 da la mano a su adorada.
 De los labios de los mozos
 no se escuchan más palabras.
 Ambos se ven y se admiran,
 ambos suspiran y callan.
 El está como la cera,
 ella está como la grana.
 Los viejos que los atisban
 del corredor de la casa,
 maliciosos y risueños
 así dicen en voz baja:
 —¿Te acordás de aquella tarde?
 —¡No había de acordame, vaya!
 —Vos fuiste la que empezaste!
 —El que empezó fué tu tata...
 Si él no me hubiera empujao...
 —Petra, unque no te empujara...
 Y ambos se miran y ríen
 con sus bocas desdentadas
 y se quedan silenciosos
 pensando en glorias lejanas.
 Mientras tanto desde el cielo
 el sol sus rayos derrama
 y, a lo lejos, un jilguero
 ejecuta una romanza,
 y en el seno de la tarde
 sus frescas notas desgrana.

Aquileo J. Echeverría



Acuarela

Con la tinaja al cuadril
alegre va la trigueña
por el trillo que conduce
al arroyo de la selva.
Los pájaros la saludan,
las mariposas la besan;

arcos triunfales le brindan
higuerones y altas ceibas,
y alfombras multicoloras,
margaritas y verbenas.

No empaña una nube el cielo
ni su semblante una pena;
al balcón de sus ojos
se le asoma el alma entera,
canta como el pajarito
que nadie a cantar enseña,
canta cosas delicadas
que *saca de su cabeza*:
«¡Qué alegre que está la tarde,
qué bonita, qué serena!
¿Qué buscan las tortolitas
que corren entre las yerbas?
Muy buenas tardes, jilguero,
¿cómo está tu compañera?
Estrellitas de los cielos,
¡quién os mirara de cerca!
¡Adiós, colibrí orgulloso,
ya sé lo de la azucena!
Mariposas de oro y grana,
volad, que la noche llega».

Al arroyo va la niña;
en la clara linfa llena
la vasija y ve su imagen

en las aguas prisionera.
 Las piedrecillas menudas
 que brillan sobre la arena
 son de variados colores
 y son de formas diversas.
 Flores mil de mil linajes
 engalanan las riberas
 y meciélas por el aire
 la cándida espuma besan.
 Lejos un viejo cenizote
 en un cedro se recrea,
 ensayando una balada
 que compuso a las estrellas;
 y es de oír las otras aves
 que en el canto se embelesan,
 imitando los arpegios
 de su inimitable lengua.

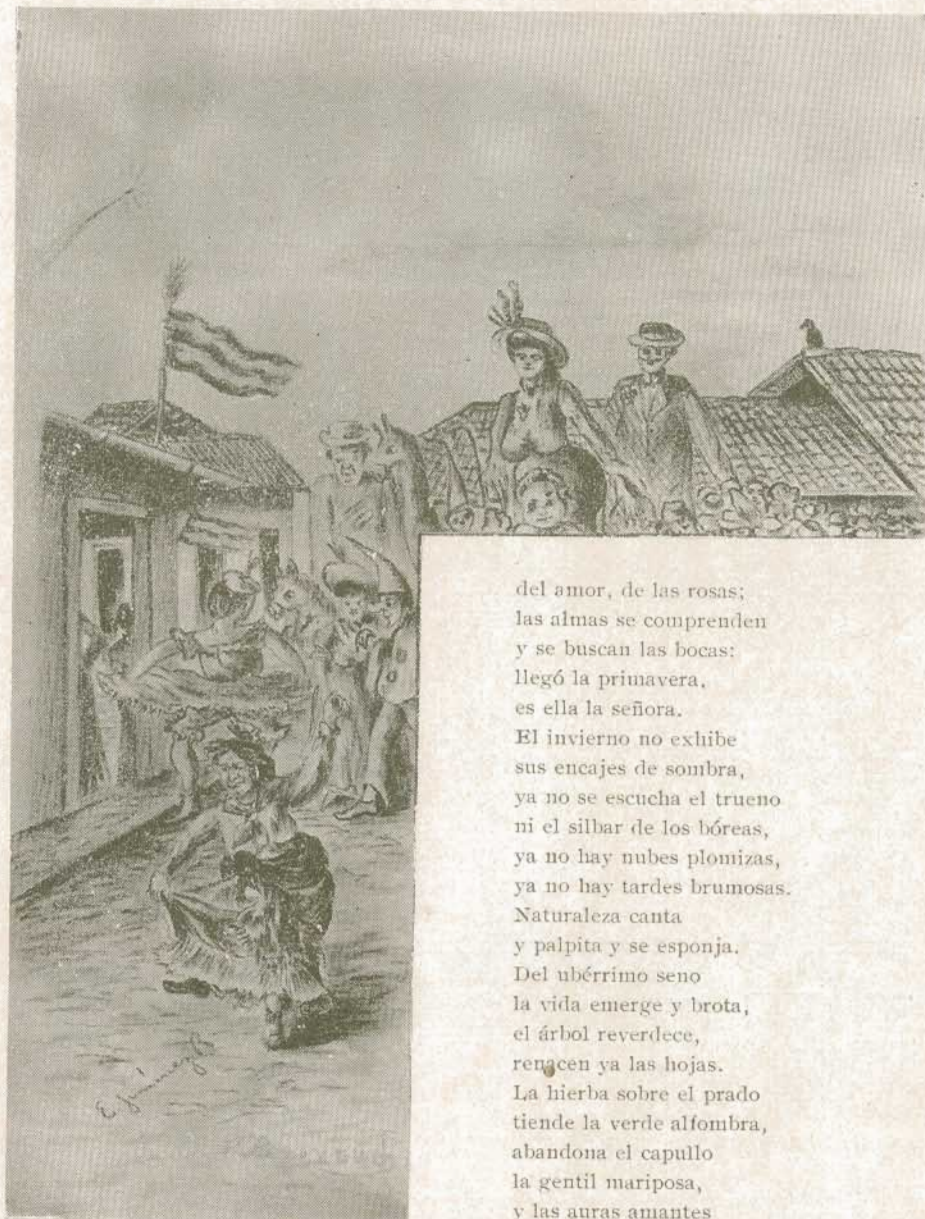
Con claveles olorosos,
 cuyo rojo vivo alegre,
 se engalana la muchacha
 las rollizas, largas trenzas;
 y tendida sobre el césped
 que le brinda almohada fresca,
 bajo el palio de esmeralda
 de las gráciles palmeras,
 da a los vientos, juguetones,
 sus sencillas pastorelas,

ya pintando sus amores,
 ya sus dichas, ya sus penas.
 ¡Qué admirable su apostura
 y sus formas qué perfectas!
 Duro el sexo de amplias combas,
 recios muslos y caderas;
 pies menudos, lindos brazos,
 ojos vivos, boca fresca.
 Por el toldo de las ramas
 filtra el sol sus ígneas flechas,
 que al besar su carne firme
 como en mármol reverberan.

Flor del campo, margarita,
 quien te vió de esa manera,
 decir puede que vió ninfas
 en un bosque de esta tierra
 una tarde azul de mayo,
 una tarde placentera
 en que al aire regalaban
 los cenizotes sus endechas,
 sus aromas los rosales
 y la brisa sus cadencias;
 una tarde en que la niña
 fué al arroyo de la selva,
 una tardecita hermosa,
 una tardecita fresca.

Aquileo J. Echeverría





Anacreóntica

Estamos en los meses
de las caricias locas,
del hervir de la sangre,

del amor, de las rosas;
las almas se comprenden
y se buscan las bocas:
llegó la primavera,
es ella la señora.
El invierno no exhibe
sus encajes de sombra,
ya no se escucha el trueno
ni el silbar de los bóreas,
ya no hay nubes plomizas,
ya no hay tardes brumosas.
Naturaleza canta
y palpita y se esponja.
Del ubérrimo seno
la vida emerge y brota,
el árbol reverdece,
renacen ya las hojas.
La hierba sobre el prado
tiende la verde alfombra,
abandona el capullo
la gentil mariposa,
y las auras amantes
sobre las yemas soplan,
y al beso cariñoso
entréabrense gozosas.
Filomena en el bosque
su cantinela entona;
todo es luz, poesía
y todo es fiesta y gloria;

el cielo está de gala,
 el nido está de moda.
 ¡Oh, jóvenes, alcemos
 alegres nuestras copas!
 ¡Hosanna a los que ríen!
 ¡Hosanna a los que gozan!

* * *

¡A ti va nuestro brindis,
 la Venus tentadora;
 a ti que das las mieles
 a las fragantes pomas,
 y cuajas los racimos
 en las parras hojosas;
 prestas alas al céfiro
 que columpia las rosas,
 y proteges sus besos
 y presides sus bodas;
 y en la garganta pones
 de las aves canoras,
 las notas delicadas
 de flautas misteriosas!
 ¡A ti va nuestro brindis,
 oh, Venus voluptuosa,
 que alegras los festines,
 los amantes acoplas
 y las danzas incitas
 de las bacantes locas!
 ¡A ti, madre del gozo,
 fuente de donde brota
 el deleite embriagante,
 la caricia ahogadora;
 a ti, la de albo seno,
 gallarda y primorosa

que entreabres las cortinas
 de las blancas alcobas,
 aleteando en el lecho
 do tranquilas reposan
 las púdicas doncellas
 de cabelleras blondas,
 y finges en su mente
 quimeras soñadoras!
 ¡Tú lo embelleces todo,
 lo alegras y transformas,
 y son tus huellas leves
 estelas luminosas!
 ¡Primavera es tu trono,
 sus flores tu corona;
 tus esclavos las almas,
 oh, reina de las diosas!

* * *

¡Bebamos, compañeros,
 la juventud es corta!
 Mientras la savia ardiente
 por nuestras venas corra,
 prostrados en sus aras,
 sea ella nuestra diosa.
 Pase la vida alegre
 entre damas y rosas,
 de vinos generosos
 henchidas nuestras copas!
 los ojos encendidos
 y la sangre ardorosa
 la dicha en nuestras almas,
 el beso en nuestras bocas,
 ¡Hosanna a los que ríen!
 ¡Hosanna a los que gozan!

Aquileo J. Echeverría



Cuatro filazos

Ambos son de alma templada,
 mozos ambos y fornidos;
 no hay diferencia en edades,
 ni en la guapeza y el brío.
 Iguales son en donaire,
 en coraje son lo mismo,
 e idénticas las realeras
 en el tamaño y el filo.
 Por la bella Marcelina,
 la nieta de ñor Jacinto,
 a darse cuatro filazos
 los dos mozos han salido.
 Escogen para el combate
 la Vega de los Molinos,
 y a la luna silenciosa
 tienen sola por testigo;
 no cruzan una palabra
 durante el largo camino:
 cada cual piensa en la madre,
 en el padre, en el amigo...
 y los dos en la muchacha
 causadora de aquel cisco.
 Tristes son sus pensamientos,
 pero marchan decididos,
 porque los hombres valientes
 no suelen ser reflexivos.
 Una vez que al campo llegan
 y ya puestos en el sitio,



tiran chaqueta y sombrero
sobre un pedrusco vecino.
—¿Me perdonás si te mató?
—¡Está claro! ¿y vos?
—Lo mismo.
—Pues si querés empezamos.
—Empecemos, Secundino.
A un tiempo de la ancha vaina
sacan ambos los cuchillos,
que a los rayos de la luna
despiden siniestro brillo.
Si uno avanza, el otro cesa;
ya están distantes, ya unidos;
saltan, gritan, vuelven, zafan,
fieros, resueltos, bravíos...
Los aceros al chocar
producen extraños ruidos,
y la claridad incierta

pueblan de rayos fatídicos...
Rueda el pobre Juan de Dios
sin exhalar un gemido...
Piensa un instante en sus padres,
en su adorada y en Cristo,
y entra al reino de la Muerte
tan sereno, tan tranquilo,
como en los brazos maternos
se duerme el cándido niño.

* * *

El sol de la mañanita
alumbra su cuerpo frío,
y bebe la sangre roja
que mano airada ha vertido,
para colorear sus mantos
por el tiempo desteñidos.

Aquileo J. Echeverría



La serenata

Anda el mozo de soldado
 en una facha, ¡qué facha!...
 El pantalón más que corto,

la guerrera más que larga,
 con un kepis al que sobra
 lo menos una pulgada,
 a pesar de dos *Gacelas*
 que detrás de la badana
 pusieron manos expertas
 en acortar las distancias.
 Há dos días lo *cruzarón*
 y debe partir mañana
 a la remota frontera,
 donde la muerte le aguarda,
 o talvez los resplandores
 de las glorias anheladas.
 — «Muchachos, exclama el cabo—
 tienen esta noche franca
 pa salir o pa quedarse;
 pa lo que les dé la gana».
 — «Eso sí—dice el sargento—
 que cuidado como faltan,
 a la lista de las cinco,
 porque mañana es la marcha.
 Y que beban sin socarsen,
 porque si se descompasan
 van a llegar a Liberia
 fusilaos a punta 'e vara».
 — ¡Viva el sargento Ledezma!
 — ¡Que viva el cabo Peralta!
 ¡Viva!
 — ¡Viva!
 ¡Viva!
 ¡Viva!...
 — ¿Qu'es esa bulla, carasta!
 — Teniente, es que les estoy

diciendo cuatro palabras,
 pa espicales qu'esta noche
 están libres porque es franca.
 —Para eso no es necesario
 que metan esa algazara.
 El que se queda, se queda;
 el que se marcha, se marcha.
 Conque no quiero más gritos.
 ¡A la calle o a la cama!

* * *

Sale un grupo de soldados
 en que va Calixto Abarca,
 el novio de *Miquelina*,
 l'hija de ñor Justo Jara,
 que vive junto a la Uruca,
 como a mil quinientas varas
 bajando desde el mercado
 por el Paso de la Vaca.
 Va el pobre muy pesaroso,
 porque deja la muchacha
 de quien está enamorado,
 según dice, hasta las cachas.
 Belfor, su amigo, propone
 llevarle una serenata:
 —«Vos cantás lo que quedarás
 y yo toco la guitarra».
 Vanse a *Las Brisas del Guaro*
 y cuatro dobles se zampan,
 y alquilado el instrumento,
 al cuarto de la agraciada
 Miquelina, para darle
 el adiós en serenata...

Tic, tic, tic, tac... tic, tac, tic, toc.
 La vihuela bien templada,
 el novio tose dos veces
 y esta cancioncilla canta:
 «Ya me voy pa'la Liberia,
 »onde la muerte mi aguarda.
 »Si al caso yo muero allí,
 »poné una flor en mi lárpida,
 »poné una flor, poné, poné
 »en mi larpi... da... da... da... da...
 »en mi larpi... larpi... da... da...!
 »pi, pi, pi... pilar... pidá... da!
 »Adiós, adiós! me despido.
 »Ya yo abandono esta playa,
 »pero me llevo el cariño
 »de la mujer que mi'amaba,
 »de la mujer... de la mujer...
 »que mia... ma, ma, ma, mabá...!
 »Si sabés que mi han matao
 »en los campos de batalla,
 »sobre mi tumba de nieve
 »chorriá del amor la lágrima,
 »cho, cho, cho... cho, cho, cho... cho...
 »cho, cho, cho... chorriá... ¡chorriala!»

* * *

Mientras tanto allá en la cuja
 llora y reza la muchacha,
 y le pide a San Antonio
 y a la Virgen de la Barca,
 que se lo lleven con bien
 y que entero se lo traigan.

Aquileo J. Echeverría



Liceo de Costa Rica. — Plantel de segunda enseñanza

Ambiente político

Al fin se ha resuelto, favorablemente para el Ejecutivo nacional, el conflicto de orden legal que suscitara la Corte de Justicia con su célebre declaración de inconstitucionalidad de los decretos presidenciales, emitidos al amparo de la ley de 8 de agosto de 1914.

El formulario jurídico-constitucional ha cedido ante la fuerza incontrastable de las circunstancias. Bien dijo Gladstone que las leyes eran buenas cuando se ajustaban a la necesidad del medio. Y no podían ser racionalmente aplicables en menoscabo de los intereses para cuya defensa fueron dictadas.

Si los decretos del Jefe del Ejecutivo son, como lo reconocen ambos bandos

(el de oposición y el gubernamental) buenos y convenientes de hecho para los intereses generales del país, no hay que lamentar negaciones de derecho. Esto es lo real y lo positivo, máxime cuando se resuelven cuestiones vitales de un pueblo esencialmente utilitarista, laborioso y poco dado a teorizar sobre materia política.

De haberse excedido el señor Presidente en las facultades que la representación popular le confiriera (como unos dicen y otros niegan) esos propios mandatarios acaban de sancionar, en nombre de su poderdante (el pueblo) lo hecho por aquél con la sana y encomiástica idea de salvar la Nación de muy graves peligros, y en la honrada creencia de que cumplía un deber ine-

ludible, sin faltar al propósito constitucional, que es velar por el bien de la patria, como único objeto de su existencia.

Ha triunfado, pues, la razón de conveniencia pública sobre las suspicacias de interpretación a que todas las leyes escritas pueden prestarse sin detrimento, en muchos casos, de la idoneidad y buena fe del intérprete que se ajusta en su apreciación, a las definiciones de la letra del cuerpo legal.

Y esto no es extraño ni nuevo. Pudiéramos citar muchos casos parecidos. De ahí que en los Códigos de Justicia regular, el legislador dejó a la honra-

dez y pericia de los jueces el fallo definitivo, concienzudamente dictado *por convicción moral*, de los casos imprevistos o de aquellos que se preveen y se oponen, sin embargo, a las prácticas de la justicia racional. Y si los jueces tienen facultades discrecionales para aplicar las leyes regularizadoras del pacto social, no deben negársele, para iguales determinadas circunstancias, al estadista, que guía los destinos de la Nación al progreso o la ruina, bajo su responsabilidad directa ante el país, ante el mundo y ante la historia.

Leomar

Próximo matrimonio



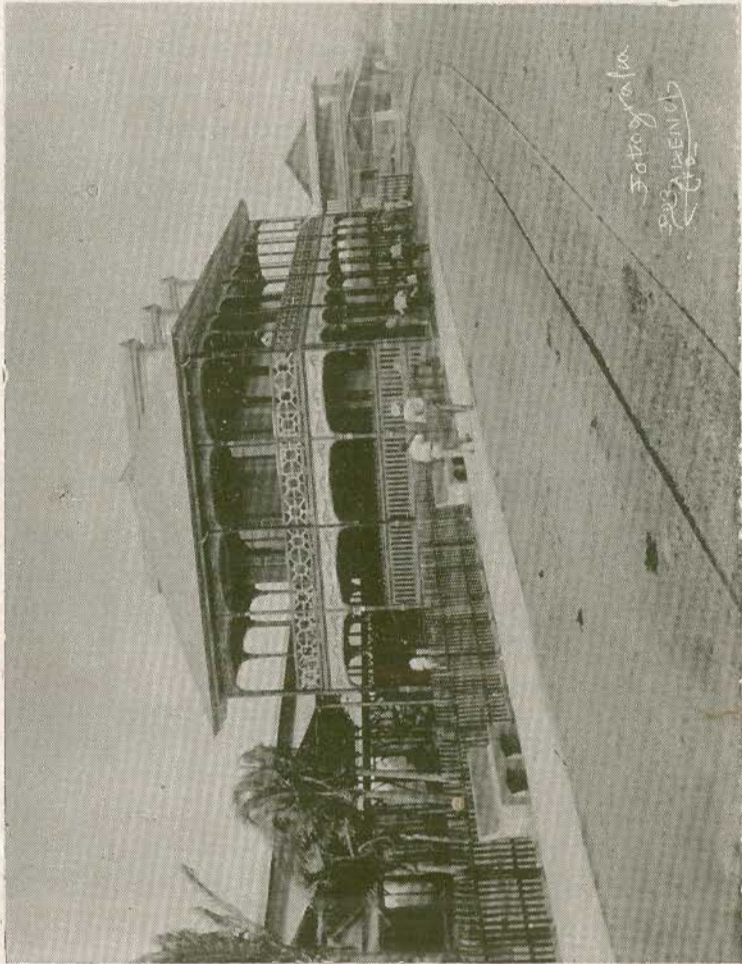
Señorita Paquita Ramón

El día 17 del próximo abril, se verificará en la Iglesia del Carmen el matrimonio de la muy bella señorita Paquita Ramón, con el apuesto caballero don Rafael Cruz Meza.

Orgullosos pueden estar, la señora madre del contrayente, doña Juana Meza v. de Cruz, y los padres de la futura cónyuge, el reputado industrial don Roberto Ramón y su señora esposa: pues las dotes personales del primero y las virtudes de la segunda, son la prueba más evidente del acierto que han tenido ambos, al escogerse por compañeros inseparables en esta vida, y al propio tiempo la seguridad más absoluta de que la dulce paz del matrimonio no se verá jamás turbada.

PANDEMÓNIUM, al felicitar a todos cordialmente, hace los más fervientes votos para que Cupido siembre de flores el camino que deben recorrer los jóvenes esposos.

FERROCARRIL AL PACIFICO - COSTA RICA



Nuevo edificio de la Estación de Puntarenas



Los gobiernos y los pueblos

No sé fijamente quién lo dijo; sé que lo ha dicho alguien y creo que lo han pensado muchos.

El aforismo es viejo, y no por tal, ha dejado de tener actualidad en todas las épocas, la tiene al presente, y a buen seguro que la tendrá en el porvenir.

«Los gobiernos son para los pueblos».

Es decir: que para bien gobernar, precisa que el gobierno adapte las leyes a la índole y a las necesidades de sus gobernados.

Pretender que un pueblo se adapte, forme, crezca y se desarrolle de golpe y porrazo, a la guisa y sabor, o al capricho de determinada forma de gobierno, o a las ideas de un gobernante, por buenas que ellas sean, es la más grande de las utopías.

Sentado el dilema de que «Todo gobierno debe procurar el desarrollo y el bien político económico y social de su pueblo», se desprende el siguiente corolario:

Las leyes han de evolucionar y variar en razón directa del progreso y cultura de los pueblos.

Este principio sociológico, hace que se observen en las formas de gobierno actuales, anomalías a primera vista paradójicas: monarquías casi republicanas, y gobiernos republicanos, de apariencia y forma autocrática.

Esto obedece a las necesidades de los gobernados.

Si un pueblo regido por Monarquía, es digno de recibir libertades verdaderamente republicanas, poque su desarrollo así lo exige, y su cultura permite asegurar que hará buen uso de ellas,... el magnate, rey, emperador, o lo que fuere, no debe titubear un momento en concedérselas: pero si un pueblo gobernado por República, se encuentra en el comienzo de su desarrollo político, económico y social, y el

uso indebido de las libertades republicanas pudiese llevarlo a la anarquía, el Jefe del Estado está en el deber de limitarlas.

Hay un fenómeno político-social, digno de ser observado: y es que el pueblo, por lo general, siente manifiesta aversión al poder constituido, aunque en la oposición, haya militado bajo los pliegues de su bandera.

¿Es efecto del instinto de libertad del hombre, que por ley natural, repugna toda idea de sujeción?

¿Es producto de los desengaños sufridos, en su vida política?

¿Es espíritu de rebeldía?

Creo que hay de todo un poco.

Este modo de ser de las masas, en detrimento de la paz interior de las naciones, y por ende, en atraso de su progreso, obliga muchas veces a los gobernantes a dictar leyes restrictivas, en oposición al credo político y social que han predicado antes de llegar al poder; y que no han podido desarrollar de pronto, una vez conseguido el gobierno de la nación.

La historia política de los pueblos, está llena de datos que aseveran nuestra afirmación.

El asesinato de don José Canalejas, Presidente del Consejo de Ministros del Gobierno Español, sin duda alguna fué debido a un liberal fanático, que decidió acabar con él, en vista de que el Jefe del Partido Liberal Democrático, en cuatro años de poder, no había logrado realizar ninguna de las promesas hechas a su partido, en la oposición.

A los revolucionarios, a los que creen que la revolución es la llave del progreso de los pueblos, que la sangre de los mártires hace fructificar las ideas nuevas, les diremos que las revoluciones son la ruina moral y económica de las naciones. La Revolución Francesa trajo el Imperio Napoleó-

nico. Recientemente en México, la revolución que derrocó la presidencia del general Porfirio Díaz, ha colocado al país en un estado tal de anarquía, que es difícil prever el resultado final, que acaso determine la desmembración o la pérdida de la independencia de la República Mexicana.

Las revoluciones casi siempre precipitan los acontecimientos.

Los jefes, para satisfacer sus ambiciones de mando, prometen al pueblo libertades que no está en situación de recibir, y al darlas, puesto que una vez alcanzado el poder no hay otro remedio, se practican mal, y viene un período de anarquía que hace precisa una contra-revolución, que retrotrae al estado a un modo de ser muy anterior al del período revolucionario.

El progreso lógico, racional, por evolución de las ideas y adelantamiento de las ciencias y de las artes, es definitivo, porque se fundamenta en bases sólidas, porque los problemas que se plantean están resueltos de antemano y porque los pueblos ya vienen de tiempo preparados para recibir

y acatar las innovaciones, que aceptan por convencimiento, y no por exacerbación política, o por un pasajero hervor de la sangre.

Las naciones históricas, las que han alcanzado el grado de cultura y civilización actual, por trabajo constante de siglos y siglos, tienen la conciencia nacional que descansa sobre los buenos cimientos fundados en la experiencia y en el estudio.

Los pueblos nuevos, los estados de reciente formación, que carecen por completo de pasado, y cuyas constituciones, leyes y civilización han sido importadas, la conciencia nacional y el civismo se encuentran aún en mantillas y no están en disposición de recibir y hacer buen uso de las libertades que proclaman los derechos del hombre.

Aunque algo amarga, esta es la verdad.

Y esta es la causa de que en el viejo continente gobiernen monarquías verdaderamente liberales, y de que en el nuevo mundo, existan muchas repúblicas autocráticas.

El escándalo europeo

Dedicado a Pandemonium

Agudización del patriotismo.—Postre impulso de una teoría salvaje.—La probable victoria.—Ni imperialismo ni democracia.—Hipocresía pura.—Contrapeso verosímil.—Únicas guerras posibles.

El abuso del régimen plutocrático, secuela de la gran conmoción política de 1789 que hizo en definitiva triunfar el bolso sobre el pergamino, trajo una corriente de ideas emancipadoras. En rigor el cuarto estado se halló frente a una proclamación del principio de libertad verdaderamente irrisoria. Sobre la base de esa libertad se generó la clase de los afortunados, que hubo de rematar en el privilegio de los menos. ¿Los mejores? No. Los más audaces o

desaprensivos. La gleba social, que había derrocado la opresión del linaje, fué oprimida por algo peor: el capitalismo. Si antes había sido vejada, luego fué explotada.

Surgió lo que algunos llamaron la crisis del patriotismo. Habría mucho que decir sobre la idea de patria. El concepto no es de fácil definición. Tendióse a la universalidad, porque el autoritarismo, apoyándose en límites geográficos, hallaba modo de convertir

una cuestión espiritual en una posesión material que impusiera la servidumbre. Así hubieron de chocar las rancias ideas con las ideas nuevas, comprendiendo los detentadores del alma universal que se les escapaba el dominio a medida que se extendían los ideales emancipadores. Y se aprestaron a la lucha, minaron la conciencia popular con cierta astucia, obteniendo una reacción favorable a sus intereses.

Toda enfermedad tiene su período agudo. Y la agudización del patriotismo se ha presentado en el actual momento histórico. El asesinato de Jaurés en Francia, la actitud del partido socialista alemán y la conducta del obrerismo inglés, revelan claramente lo apuntado.

¿Significa todo eso la victoria del autoritarismo? En modo alguno. Significa solamente el postrer impulso de la teoría bismarckiana: *la fuerza antes que el derecho*.

Ni el *egoísmo* de Max Stirner, ni el *dislocantismo* de su émulo Nietzsche, ni el *nirvanismo* de Schopenhauer, ni principio alguno disolvente de la conciencia humana, podrán jamás imponer a las sociedades modernas lo que pugna con el grado de civilización alcanzado. Podrán accidentalmente perturbar las inteligencias, servir de escudo a los endiosados; pero a la postre el alma universal sacudirá ese peso muerto de la clasificación y la distinción, la casta y el peculio.

¿Vislumbráis el término de este desbarro colosal que ha venido a azotar al viejo continente? Sin entregarnos a cómodos optimismos, podemos confiar en la victoria del sentido común, factor no despreciable, tras la borrachera de orgullo que parece haber invadido ciertas mentes y contagiado a las multitudes. Estas se dejan arrastrar fácilmente. Pero no son abúlicas, sino candorosas, y a la postre impera en ellas el instinto.

Se viene pregonando que esta es una lucha entre imperialismo y democracia. En el fondo es cosa muy distinta. Apuntado el albor de las grandes rei-

vindicaciones sociales, de igual modo que en las postrimerías del siglo XVIII apuntó el de las reivindicaciones políticas, imperialismo y democracia, caducos e inservibles, se enzarzaron por cuestión de procedimiento, pero en rigor con idéntico fin. Y ese fin no es otro que mantener la egoísta concepción de la vida humana sobre una base de explotación y privilegio. Ni Alemania, ni Inglaterra, ni Francia, ni Austria-Hungría, ni Rusia pelean por un ideal de equidad e igualdad, sino por un prurito codicioso disfrazado de generosidad y altruismo. ¿Cuál de esas naciones no se ha mostrado imperialista hasta las cachas? Recordad sus conquistas coloniales, —¡oh, la *expansión comercial!*— y su régimen interior.

Todo cuanto invocan los caporales del tinglado internacional, es hipocresía pura. El destrozo y la mortandad se han producido por encontrados sentimientos de particularista ambición, no por respeto al derecho, ni amor a la Humanidad, ni holocausto a la cultura. Lo que ventila aquí cada cual es *su* derecho, *su* modo de pensar, *su* cultura. Y la intelectualidad misma, corroída de la lepra general, el particularismo, cae en la mira exclusivista; y así, por ejemplo, el intelectualismo teutón, se aferra al propósito de recabar la supremacía, creyéndose el único y el llamado a imponerse, sin tener en cuenta que en el principio de libertad, estimado como la magna conquista de los tiempos modernos, entra principalmente la suprema libertad de pensamiento, sin lo cual la de acción y desenvolvimiento resulta un mito.

Se prolongará este lamentable estado de cosas, para vergüenza y descrédito de una civilización que es un contraste. Asistiremos a un trastrueque desconcertante de todo el vivir universal. ¿Quién habrá de decidir a la postre? Eso tan menospreciado, eso tan malquistado: la masa.

Probablemente veremos impuesta la paz por el temor de trastornos interiores. Los sedicentes caballeros del ideal, imperialistas y demócratas, au-

toritarios y liberales, han conseguido sugestionar a la *carne de cañón* aprovechando las leyes atávicas, provocando el estado agudo de fiebre en que hoy se encuentra Europa. Pero lo humilde echará de ver el juego, propondrá el instinto de conservación ante el pavoroso problema del hambre, y las clases directoras, alocadas por el extremado espíritu de exclusivismo, por la pugna de intereses, habrán de intentar defenderlos precisamente desandando lo andado, percatándose de que a la conmoción económico-política puede suceder una conmoción social que dé al traste con lo instituido al amparo del privilegio, la desigualdad y el abuso.

No triunfará esta nación de la otra, esta o aquella raza, tal o cual modalidad de la inteligencia, sino el principio humano de la dignidad, de la justicia; será lo humilde plantando cara a lo soberbio, cogiéndolo en sus propias

redes, enseñándole que puede herirle con el propio sistema de su adopción; que si el derecho de la fuerza es legítimo y la fuerza está en el número, por la fuerza del número puede el cuarto estado cambiar totalmente la faz de las cosas.

Y, entonces, ni autocracia ni democracia lograrán asentarse en la ficción, continuar este fenomenal desbarro que asuela el viejo continente, en nombre de una hegemonía que es un contradictorio y de un fin redentor que es una farsa.

Sólo dos clases de guerra son posibles, dada la condición actual de la Humanidad: por espíritu religioso o por espíritu sectario.

Y nada de esto ha motivado el actual conflicto.

Sebastián Gomila

Barcelona, febrero 1915.

Solidaridad

La nación existe cuando la gloria del mejor enorgullece a todos, cuando la miseria del más triste llena a todos de vergüenza. Sin solidaridad que acomune las voluntades y los corazones, imposible es realizar grandes ensueños colectivos; la cohesión de un pueblo en marcha, depende exclusivamente del unísono con que se ritmen las esperanzas, los intereses y los ideales de todos sus hombres.

Quien dice que la solidaridad social es una quimera irrealizable, conspira contra el porvenir. Antes fué solidario el hombre en su familia; después lo fué en su tribu; más tarde en su provincia política, en su comunión religiosa, en su étnica. Hoy la solidaridad puede extenderse a todos los componentes de la nación, que es moralmente una «raza» por su unidad espiritual y por la convergencia de aspiraciones y conveniencias de cuantos habitan un mismo ambiente. Y con el

pensamiento no cabe el derecho de mirar más lejos: ¿quién puede asegurar que algún día la solidaridad no estrechará en un solo haz paternal a toda la especie humana?

Si renunciar a este ideal, conviene prepararlo cultivando la solidaridad dentro de cada raza particular. Para ello es necesario poner la Justicia como fundamento de la moral social, la Verdad como base de la cultura colectiva y el Trabajo como condición sustancial del rango y del mérito. El privilegio, la superstición y el parasitismo son los enemigos de la grandeza de un pueblo.

En las sociedades bárbaras, la lucha por la vida, depende del desequilibrio entre las partes; en las sociedades civilizadas, éstas se van equilibrando y aparece la asociación para la lucha: la solidaridad se desarrolla paralelamente a la justicia; es su efecto. La injusticia es la creación de privilegios

no sustentados en el mérito, que se mide por la utilidad social de las funciones desempeñadas; hay, por tanto, injusticia en toda violación del equilibrio entre las partes.

La pobreza es natural; hay naciones pobres y épocas de pobreza, que la solidaridad no puede evitar. La miseria, en cambio, nace del desequilibrio interno en la economía de las naciones; es una desproporción entre las funciones ejercitadas y las recompensas recibidas. Por eso la pobreza de todos puede ser natural, mientras que la miseria de algunos es siempre injusta; máxime si ella recae, como es frecuente, en los que trabajan para mantener en la ociosidad a los que no la sufren. El estado de miseria implica un abandono moral, un apagamiento de la energía; una pérdida de la esperanza en la solidaridad social.

La fe en la justicia de los demás es necesaria para no vivir como entre enemigos; las formas antisociales del egoísmo, la avaricia, la usura, la usurpación, el robo, nacen de esa fal-

ta de confianza en la solidaridad. Son naturales en las sociedades bárbaras; son incompatibles con un verdadero estado de civilización. La solidaridad aproxima los intereses heterogéneos; las luchas de clases, de partidos de grupos, etc., se resuelven en estados de equilibrio a medida que aumenta la confianza en la lealtad de todos.

Una nueva moral educará los sentimientos convergentes a la armonía, que irá aumentando entre los hombres. La solidaridad convertirá en derecho, lo que la caridad otorga como favor; y para exigir ese nuevo derecho, los hombres aceptarán el deber de cumplirlo.

Ningún deber sin derechos; ningún derecho sin deberes.

Cultos, dignos y enérgicos, nuestros descendientes aprenderán a dejar a sus hijos la más noble herencia: el ejemplo de sus virtudes sociales y el hábito de la justicia.

José Ingenieros

(Argentino)

El espectro

Carmen y Nicolás!... Lindo matrimonio, por cierto!... Ella era un trasto más en la casa; pero un trasto que trabajaba como una bestia de carga, sin descanso posible. Se mataba planchando durante el día. Sus manos sarmentosas y esqueléticas iban y venían continuamente sobre las limpias telas. ¡Se mataba!... Cada vez se hacían más negras sus ojeras y más intensa la palidez de su rostro demacrado, y más recias las arrugas que araban su sudorosa frente.

Como si esto fuese poco, el señor Nicolás—un bigardo que se pasaba las horas muertas y las vivas jugando al dominó—se había casado con ella para hacerla mártir. Era un hombrón grueso como un mastodonte, fuerte de músculos, ancho de cara, panzudo y, sobre todo, bruto; muy bruto, ex-

cesivamente bruto. Su superstición corría parejas con su brutalidad. Si la tinta se vertía, si se derramaba la sal, si un cristal se hacía añicos, tornábase pálido como un difunto. Tenía un miedo extraordinario a lo sobrenatural; muchas noches creía sentir extraños pasos que le seguían por las desiertas calles del pueblo, y a veces bastaba que se moviera una cortina para que temblase como un azogado.

Esta medrosa condición se trocaba en valentía cuando estaba junto a su mujer. En cuanto llegaba a su casa—a las horas del yantar sabroso y del dormir cómodo—no se oía más voz que la suya. Aquella renegaba siempre, maldecía a todas horas y conminaba con castigos que muchas veces cumplieron sus manos holgazanas. Si Carmen callaba, decidida a no hacerle

caso, decía que lo miraba como a un perro, y que con sus malas caras se proponía convertirle en odioso el hogar. Si la infeliz hablaba, el animalote tomaba pie de la menor observación, y su vozarrón alcanzaba tonos de gran violencia, y sus puños, recios y velludos, caían fulminantes sobre la enteca y ruin mesa, haciendo bailotear los vasos, y despertando al gato que, abortido encima de una silla, contemplaba la escena con sus redondas y doradas pupilas.

Las vecinas compadecían a la pobre mujer y fulminaban contra el señor Nicolás sus más furiosos anatemas. Asombradas y llenas de ira vieron en más de una ocasión salir por las ventanas del comedor, que daban al patio, los platos de la comida, los vasos y hasta los rubios panes.

Una tarde de verano Carmen coincidió en el corral con la señora Paca, su vecina. ¡Hermosa tarde por cierto! Había llovido por la mañana, y el perfume de la tierra mojada saturaba gratamente la atmósfera. Una añosa higuera de corcovado tronco mostraba todavía sus hojas anchas, verdes y relucientes, en cuyos bordes temblaban algunas gotas que, translúcidas, semejaban perlas de bellísimo oriente. Las gallinas picoteaban en el suelo, y un gallo sultanesco, con las plumas de un rojo tornasol que enhiestaba su cuello, ya estiraba perezosamente sus amarillas patas, armadas de recios espolones, o ya clavaba sus dorados ojos en el firmamento, por donde corrían a la desbandada unas nubecillas grises con los flancos de plata. Los conejos se asomaban medrosamente a las bocas de las madrigueras, formadas con arcaduces de rojo barro. Hubo uno, pelirubio, que con inaudito descaro salió en medio del corral, alzóse sobre las patitas traseras, y con las delanteras procedió graciosamente a hacerse la *toilette*.

La señora Paca era una mujer ya entrada en la cuarentena, pero fresca y rozagante, y con un espíritu amigo de la burla honesta y de la sana alegría. Tenía la costumbre de hablar

con las manos cruzadas beatíficamente sobre su vientre, no escaso, y otra costumbre suya era la de alabar continuamente a *su* Antonio—su marido—que en su opinión, y en la de todo el mundo, podía ser reputado como espejo de buenos esposos. Los dos mujeres trataban del eterno tema, de la despiadada conducta del señor Nicolás. La señora Paca, que compadecía a Carmen, sinceramente, estiraba los ojos, alzaba y bajaba la cabeza y daba muestras con todos sus gestos de que ella nunca hubiera tolerado semejantes abusos.

—Yo—dijo Carmen—confío en que Dios pondrá término a mi martirio.

—Sí, no está mal confiar en Dios: pero ya lo sabes: «A Dios rogando, y con el mazo dando»... Busca tú misma un remedio.

—No me atrevo...

—¿De manera que prefieres que *ese* *hijo* te vaya matando poco a poco?... Pues, ¡como yo me empeñe!...

—Salieron juntas del corral. Al cerrar la puerta, unos gorriones, que estaban parapetados en las ramas de higuera, huyeron asustados a una tapia coronada de amarillento jaramago, y los conejos, empavorecidos, se sumieron en las entrañas de sus madrigueras.

II

Transcurrieron varios días.

Una noche, el señor Nicolás llegó a su casa a las dos de la madrugada, de muy mal humor, porque había perdido al *dominó*. Además, había sentido unos misteriosos pasos que le iban, al parecer, a los alcances, y al volver una esquina creyó que una boca helada le besaba con avidez en la frente. Todavía tembloroso entró en la alcoba, hizo a su mujer que se apretujara contra el muro que lindaba con el lecho, y se acostó. Estaba ya a punto de entregarse al sueño, cuando su mujer le llamó.

—¡Nicolás! ¡Nicolás...! —le dijo quedamente.

—¿Me dejarás en paz, tonta?

—¡Se oye ruido en la cocina!...

Nicolás escuchó y notó, con el pasmo consiguiente, que, en efecto, se percibía un levisimo rumor, y que un vago e impreciso resplandor se acercaba paulatinamente.

—¡Carmen...! ¡Carmen...!—musitó medroso.

Ésta no le contestó sino fué metiendo la cabeza debajo de las sábanas.

De pronto, en la puerta de la alcoba se mostraron dos puntos lucentes, llenos de relampagueos fatídicos. A la escasa claridad que esparcieron viose un espantable espectro, todo vestido de paños negros. De éstos surgía, monda y macabra, una calavera. En las quehadas de sus vacías cuencas bailoteaban las dos lucecillas con extraño y lagrimeante chisporroteo. El espectro, avanzando hasta la cabecera del lecho, dijo con voz cavernosa:

—¡Nicolás...! ¡Nicolás...!

Nicolás, convulso y trémulo sintió que un frío sudor se deslizaba por su frente, y no tenía ánimo para enjuagárselo. Ni siquiera acertaba a cerrar los espantados ojos.

—Bien veo—prosiguió el espectro—que no duermes, y que menos todavía duerme tu conciencia, la cual se levanta para testimoniar contra ti. Has sido un malvado para tu mujer... para tu mujer, que es mi hija.

Aquí Carmen se estremeció y Nicolás siguió como petrificado.

—Durante uno y otro año, sin perdonar un solo día, acaso ni una sola hora, la has sometido a una continua tortura. Obra tuya son las lágrimas, que han mancillado sus ojos; los suspiros, que han quemado su boca; los dolores, que han asesinado su hermosura. ¡Yo te entregué una rosa, y tú la has convertido en ruin espina! Veías que estaba sola en el mundo, y decías: «Nadie se ha de levantar para defenderla». Y he aquí que su padre se ha levantado de la tumba para que acabe su suplicio. ¡Nicolás!... Vente conmigo...

El espectro alargó un brazo, envuelto en los pliegues de la hopalanda.

—¡No .. no... no me voy!—clamó

angustiado Nicolás; tan angustiado, que de sus ojos se desprendían abundantes lágrimas.—No me voy! Me arrepiento... Seré bueno para ella... ¡Seré bueno!

—¿Bueno? Ven en mi compañía...

—¡Lo juro...! No me lleves...

—Hay un remedio...

—¿Cuál...?

—¡Que Carmen te dé su perdón...!

—¡Carmen! Perdóname, perdóname.

Como ésta no diera señales de vida, Nicolás cobrando fuerzas por la desesperación, la zarandeó suavemente hasta que se oyó su débil voz, que decía:

—¡Te perdono...!

Entonces, las pupilas del espectro se apagaron como por ensalmo, y el roce de la hopalanda sobre el suelo se fué alejando... alejando, hasta extinguirse en la sombra.

Nicolás, en vista de que no podía conciliar el sueño, levantóse al poco rato, y se asomó a una ventana. Las estrellas, lejanas, brillaban en el cielo como si fueran fuegos fatuos agitados por una suave brisa. Ningún ruido turbaba el silencio de la noche. Las flores del patio exhalaban sus más gratos perfumes, y el vientecillo columpiaba las altas varas de las malvas reales. Repentinamente, un pájaro nocturno le rozó la frente con sus alas. Nicolás cerró la ventana, y tornó al lecho, murmurando:

—Esta noche andan sueltos los espíritus.

Y su esposa repetía:

—¡Esto ya clamaba al cielo...!

III

A la mañana del siguiente día, Carmen se presentó en el cuarto de Paca. Estaba ésta sentada en una silla baja, y se entretenía en mondar patatas. La luz se filtraba en la amplia cocina a través del espeso follaje de una madre-selva. *Un gato dorado seguía con sus inquietas pupilas las idas y venidas de las moscas, y un jilguerillo, preso en una jaula, cantaba alegre-*

mente, embriagándose con sus propios trinos.

—¿Lo ves...?—exclamó Carmen.— Ya acudió el cielo en mi socorro...

Y, aún emocionada por la terrible escena de la noche anterior, refirió a su vecina la visita del espectro, sin omitir detalle alguno. La señora Paca no dejaba su tarea, y se refa de bonísima gana, tanto, que Carmen, echándolo de ver, le preguntó si no se lo creía.

—¿Cómo no me lo voy a creer, mujer, si el espectro también nos ha dejado a nosotros un recuerdo de su visita?... Pasa, pasa y lo verás...

Las dos mujeres penetraron en la alcoba. Carmen vió sobre la cama una calavera y un montón de trapos negros. Quedóse turulata.

—¿Qué significa esto...?—preguntó al fin.

—Significa—le contestó la señora Paca—que ya estaba harta de verte sufrir, y que, pensando, pensando, acerté con el remedio.

—Pero... ¿y el espectro...?

—¡Mi Antonio, hija, mi Antonio...! No lo hace mal, ¿verdad...? ¡Ya te dije que como no me empeñase...!

Y la señora Paca tornó a su risa con nuevos bríos, y Carmen la acompañó en ella por primera vez desde hacía mucho tiempo.

En el cercano corral clarineaba el gallo; las golondrinas y los vencejos, chillando con loca algarabía, cruzaban raudos sobre el patio, y un pillastre gorrión bebía agua en el brocal húmedo del pozo...

José A. Luengo

El viejo poeta dijo:

"...Morirme cincelando en oro una Custodia".

Para el Sic. don Alejandro Alvarado Quirós

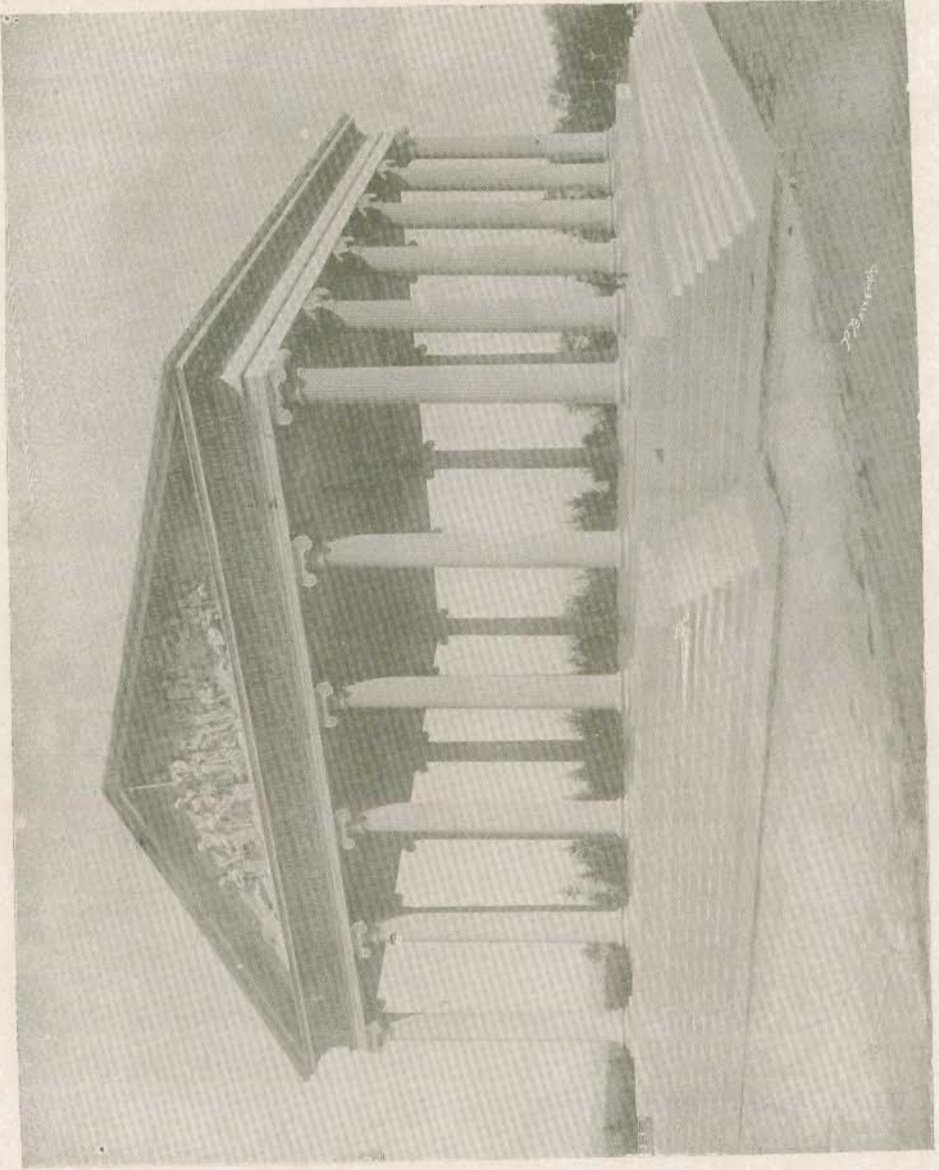
Así, calladamente, bajo un temblor de esquilas, llevando entre las manos un íntimo breviario, cabe las grandes frondas salpicadas de lilas gusté de los silencios de un monge solitario.

Y en la paz virgiliana de las horas tranquilas oficiaba mi espíritu en el antifonario de la tarde, que era como un gran relicario abierto ante el abismo de mis negras pupilas.

Así pasé las horas, tal las pasara un Santo, ritmando con la Vida la excelsitud de un canto. Así ahuyenté el pecado satánico que asedia.

Y ahora que los años aduermen mis deseos, deshilaré mi vida leyendo los *Trofeos* tallados en el plinto del pedestal de HEREDIA.

Rogelio Sotela



Templo de Minerva en la capital de la República de Guatemala

Ensalada cómico-política-social

Se dice que los políticos, ya politiquen para las próximas elecciones de diputados, que tendrán *verificativo* el primer domingo de diciembre.

Faltan ocho meses, y ya...?

Caramba! con lo que falta .. y lo que puede suceder, y lo que puede hacerse en este lapso de tiempo...

Nos parecen muy poca cosa las elecciones de diputados para tan larga preparación...

Aconsejamos a todos los propagandistas, politiqueros e interesados en la torta, que comiencen sus trabajos de zapa cuando sólo falten cinco, o siete meses para las elecciones .. porque se nos ha puesto en la mollera, que sus labores no serán más que un aborto... y a todo estirar... una sietemesinada.

Aquello de la *campana moralizadora* ha sido un perro muerto.

¿Será porque a los que debían realizarla, se les ha puesto en el caletre que esto de moralizar tenía algo de mora... y como son tan devotos... del Islamismo no creen más que en el *harem*?

Se han enterado de las sesiones del Congreso?

Nosotros no... para qué!... sabemos de antemano que todo parará en *nada*... porque para la mayoría de aquellas *loras nacionales*, como llama un indio de Pacaca a los señores diputados, la cuestión es *nadar y guardar la ropa*...

La Información, días atrás, anunciaba el próximo casamiento del astrónomo nacional don Pedro Nolasco Gutiérrez, con una bella señorita tipógrafa.

La cosa ha resultado pura guasa periodística.

Claro, como las predicciones de temblores y días críticos...

Aquí no hay más verdad que las *tembladeras* y la crisis; y ni más ni otra están señaladas en el almanaque nacional.

Como que cada familia se las pasa y las oculta todo lo que puede.

Hace unos días que *La Información* está tira que tira, para que el *Palacio de la Paz* se construya en la plaza de San Francisco de Mata Redonda.

Como si dijéramos en Mata de Plátano o en cualquiera otra *Mata*.

¿No ve que esto es profetizar la muerte del Palacio de la Paz?

Por dos razones; por lo de *Mata*, y por la vecindad de los tres cementerios.

Pero nosotros sabemos el por qué *La Información* aboga por Mata Redonda.

Es cuestión de conveniencia *Ferriandista*.

El nuevo *Conservatorio de Música y Declamación*, que dirige el maestro Osma, ha establecido clases, para todo lo que sea o tenga que ver con el arte musical.

En el, digámosle elenco de las asignaturas, vemos una que nos llama poderosamente la atención.

Fuga!

Esto nos faltaba, que nos enseñaran a fugarnos.

¿Si hasta hoy, sin necesidad de profesores ni cátedra, ha habido fugas de todas clases, edades, categorías y sexos, en trenes automóviles, coches, carretas y *pédibus caminando*, que sucederá en adelante con academia de *Fuga*?

En una invitación del Ateneo, a las pompas fúnebres con motivo de la llegada al país, de los restos del poeta Aquileo J. Echeverría se leía... «regresan al país los restos»... señores *Atenienses*, no puede regresar lo que no salió... salió el poeta Aquileo J. Echeverría, y él no ha regresado... los restos pueden llegar, ingresar, etc. pero regresar nó, puesto que no salieron.

Un poco más de gramática, señores...

Ya que de lenguaje hablamos, son por lo demás pintorescas, lingüística-

mente hablando, las sesiones del Congreso Nacional... allí se asesina el castellano bárbaramente... *Máis, País, Dipuláo* y una infinidad más de palabras, son prueba de ello, amén de construcciones y frases adefésicas.

Ah! nos olvidábamos que acaso alguno de aquellos padres de la patria era periodista cuando vino al país el eminente actor Emilio Thuiller, y dijo, o permitió decir en su periódico, que el esclarecido artista *no hablaba castellano*.

A este paso, cualquier día alguna de aquellas lumbreras de sufragio popular traducirá: *O tempora! o mores!* Oh, tiempos de los moros!

Gris

Vivimos una hora de fantasmagorías,
de inquietudes tremendas y de renunciación,
bajo el reinado adusto de las filosofías
escritas con la misma sangre del corazón.

La humanidad de ahora—moderno Jeremías
acodado al abismo de una lamentación,—
padece el mal secreto de sus psicologías
y canta un de profundis de desesperación.

Todo cae derruido, los vientos de la duda
desterraron a Cristo y eclipsaron a Buda,
el ideal? fué un fantasma de las horas de ayer;

y flota en el ambiente, como una letanía,
el eco de la sorda y atroz melancolía
que grabara en sus versos el loco Baudelaire.

J. Albertazzi Avendaño

Julio, 1914.

Impresiones

sobre las últimas noticias de la guerra europea

Siempre hemos pensado que a la llegada de la Primavera, será cuando la guerra europea entrará de lleno en el período de las grandes batallas y acciones decisivas.

Lo que llama más poderosamente la atención, por de momento, es su desarrollo hacia Constantinopla.

En nuestro artículo de «Política Internacional sobre la Guerra Europea», publicado en el número anterior de PANDEMONIUM, decíamos que Constantinopla es uno de los puntos de mira del actual conflicto; que lo ambicionan los rusos, por legendarismo histórico, y los alemanes por interés comercial.

Los hechos se van desarrollando de tal manera, que nuestras aseveraciones van tomando cuerpo, y es de esperar que la metrópoli del Islamismo, dentro brevísimo tiempo será teatro de uno de los hechos más sangrientos que registrará la Historia, y cuyo resultado, sin duda alguna, apresurará o retardará la terminación de la guerra.

Los últimos cables, dan la noticia de que en Roma circula el rumor de que se ha decidido la intervención de Italia.

Ya emitimos nuestra opinión respecto de la actitud de Italia y persistimos en la misma, a pesar de todas las noticias que se lancen a los cuatro vientos.

En nuestro concepto, Italia se mantendrá neutral por varias razones.

En primer lugar, hace poco tiempo que perdió hombres y gastó enormes sumas de dinero en Tripolitania y aún mantiene allí un ejército nada despreciable: pero esta es una razón sino despreciable, que no figura más

que en segundo lugar relativamente a nuestras afirmaciones.

El pueblo italiano es amigo de los franceses y no tiene mala voluntad a los alemanes: respecto a los austriacos, creemos que más que a la nación, los italianos sienten antipatía por la familia reinante.

Atendida la edad del emperador Francisco José y su situación política en el imperio Austro-Húngaro, es de presumir que a la muerte de éste, que lógicamente no se hará esperar, vendrá la desmembración del imperio en la que intervendrá Alemania.

Italia interviniendo en la guerra políticamente nada va a ganar, y en cuanto a extensión territorial tanto si ganan los aliados como si la victoria se decide por los alemanes y austriacos, no es posible que alcance otra cosa que la devolución de Trieste y el Tirol, que le serán también devueltos a cambio de su neutralidad y por el desenvolvimiento de los hechos, a la muerte del emperador Francisco José.

Dados estos antecedentes, ¿no es lógico presumir que a Italia le conviene mantener su neutralidad, puesto que de intervenir en la guerra, no ganará más que lo que sin duda alguna alcanzará manteniéndose neutral?

Es indudable que el interés de los aliados está en comprometer a Italia a su favor, y que se han hecho, hacen y harán todos los esfuerzos posibles en este sentido; y también es de presumir que parte del pueblo italiano los secundará inconscientemente, pero no dudamos de que la hábil política del rey Víctor Manuel, que hasta el presente ha demostrado ser tan cum-

plido caballero, como diplomático fino y gobernante intachable, logrará salvar la situación, manteniendo a su reino en el ser y estado actual, del que sacará sin duda alguna mejor partido, política, económica y socialmente hablando, que de intervenir en la

guerra sin necesidad alguna, y sólo para satisfacer los idealismos de una mínima parte de sus súbditos.

Acertamos?

El desarrollo de los hechos lo dirá... y probablemente la respuesta no se hará esperar mucho tiempo.

Naufragio

El día 12 del mes pasado, en las costas de Cartagena (Colombia) naufragó el vapor «Diego Martínez» que hacía el servicio de cabotaje entre Santa Marta, Sabanilla, Cartagena y San Andrés de Providencia.

Un temporal demasiado fuerte azotó a la embarcación y la echó a pique, pereciendo el experto Capitán Reyn Henríquez y ocho tripulantes.

Solamente se han podido encontrar las piernas del Capitán, como restos

de aquella triste catástrofe marítima.

La sociedad cartagenera está hondamente conmovida con la inesperada desaparición de aquel abnegado piloto, a quien profesaba sincero afecto por sus innumerables servicios prestados en la dura carrera de marino y en la cual acaba de sucumbir gloriosamente.

A los deudos del Capitán Henríquez, especialmente a los residentes en este país, enviamos la expresión de nuestra condolencia.

Miscelánea

Acuerdo y desacuerdo

Un autor dramático pregunta a un empresario:

—¿Se admite mi drama?

—Los tres individuos del Consejo de lectura opinan que puede representarse suprimiendo un acto.

—Perfectamente.

—Pero, por desgracia, cada uno de ellos quiere suprimir un acto diferente.

En el hotel

—Eh, mozo!—dice un huésped—éste no es mi sombrero. ¿Quién ha sido el burro que se lo ha llevado?

A lo que replica el mozo:

—No sé, señor; pero cuando lo ha llevado es señal que tiene la cabeza igual a la de usted.

La lectura y la afición

La hija de un devoto de Baco se puso a leer en voz alta la Historia Sagrada, y al llegar al diluvio su padre la interrumpe y le dice:

—¿Agua durante cuarenta días? Pasemos, hija, pasemos a las bodas de Caná.

La elección no es dudosa

Dos amigos disfrutaban sobre el valor de las palabras, y decía uno de ellos:

—¿Dejará de valer más mil que ciento?

—Yo te probaré lo contrario.

—¡Imposible!

—Vamos, ¿qué prefieres: mil palos o cien pesos?